

La Mantícora

Daniel Reynoso Gállego

La Mantícora

2^a Edición



COPYRIGHT © 2011 BY DANIEL REYNOSO GÁLLEG

Reservados todos los derechos. «*No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright.*»

Hecho en México.

A mis amigos y a mis padres,
por su apoyo incondicional.

ÍNDICE

ESCAPANDO	11
BUSCANDO EL RECUERDO	15
LLENANDO EL VACÍO	19
SIGUIENDO EL ANHELO	23
ANSIANDO EL REENCUENTRO	27
ESCUCHANDO AL CORAZÓN	31
VIVIENDO EL SUEÑO	35
ROMPIENDO EL ESPEJO	39
SALIENDO DEL ABISMO	43
CONCLUYENDO LA OBRA	47
REVIVIENDO EL MILAGRO	51
DUDANDO	55
REVELANDO EL SECRETO	59
ABRIENDO LOS OJOS	63

ESCAPANDO

No recuerdo bien sus motivos, pero estoy seguro que tenía que ver con la tristeza y la desesperación. Era hermosa, joven, cálida. Una chica como ninguna. Lloraba y corría, lejos de casa, adentrándose en el viejo bosque. Huía, buscaba un escape de su realidad, de su agobiante vida.

Eran casi las seis. La noche comenzaba a cubrir el claro cielo, y la niebla se esparcía entre los árboles. Ella estaba ahí, sentada, regando con sus lágrimas las fértiles tierras morenas, desahogando su dolor, tan suyo, tan auténtico. No quería volver. Se rehusaba a regresar a su hogar, a retornar a esa existencia que la flagelaba, que la mataba lentamente. Ya no podía soportarlo. Luchaba por conservar la postura, por no derrumbarse, pero en ocasiones era inútil, imposible. Justo así ocurrió aquel día, cuando deliberadamente se fugó del castillo en busca de paz.

Sabía que el bosque era un lugar peligroso, en especial después de que el sol se refugia tras las montañas. Pero no le importó. Era tanta su desesperación, tan intensa la maldición que

guardaba en su interior, que se lanzó sin cautela a lo profundo de la maleza, corriendo entre las ramas, con esas finas zapatillas doradas.

Era momento de volver. Sabía que no podía pasar la noche



fuerza; era demasiado arriesgado. De cualquier manera, su dolor y su llanto habían sido lavados por la tibia lluvia del verano. Se incorporó, pasó su tierna mano por su empapado y helado cabello castaño, alisó su blanco vestido y se dispuso a regresar a casa. Pero había un problema, y tardó poco tiempo en descubrirlo. Estaba perdida.

El cantar de los grillos y el aullido de las criaturas nocturnas ahogaban el suave susurro del viento. La noche era hermosa, pero lúgubre. Los arbustos pequeños se esforzaban por emerger, pero quedaban ocultos por la espesa neblina que para ese momento

asfixiaba cada rincón de la frondosidad. Ella miró en todas direcciones, tratando de vislumbrar el camino que la llevaría de regreso, pero era simplemente incapaz de saberlo.

Estaba exhausta, agotada. Cansada de escapar, de llorar por horas bajo el cobijo de los robles. Caminó sin rumbo, lentamente, con una mirada perdida e intransquila, en un intento vacío de salir de allí. No tenía idea de hacia dónde se movía, pero no se rendiría. Al poco tiempo comenzó a llover de nuevo. Ella seguía avanzando, sin importar nada, intentando no quedar atrapada en el fango.

De repente, cuando abrió sus ojos, se levantó alterada. Estaba en cama, en casa. Era de día. No podía ser un sueño. Miró sus manos y ahí estaban las heridas que se dibujaron en su piel durante su travesía por el bosque. Salió de su habitación y habló con su padre. Él le explicó.

BUSCANDO EL RECUERDO

Le pidió él que se sentara a la mesa de la cocina, y le ofreció un té. Ella accedió. Estaba verdaderamente confundida. No podía recordar lo ocurrido.

Su padre le contó que la hallaron inconsciente en la puerta del castillo, casi a media noche. Ella no lo entendía. No tenía idea de cómo llegó hasta allí.

Pasó toda la tarde, hora a hora, intentando recordar lo que había sucedido. Se veía a sí misma caminar agonizante entre la espesura del bosque, sin rumbo cierto, pero el recuerdo se volvía nebuloso en algún punto de la travesía. Había un trozo de su pasado, un abismo de misterio, que cautivaba su pensamiento. Sus padres la notaron distraída. Estaba concentrada en ese enigma. Sabía que había algo más ahí. Tenía la sensación de que debía recordar, a toda costa. De momentos deseaba salir de nuevo al bosque para revivir el recuerdo, pero no se lo permitirían, al menos no hasta que amaneciera.

Se fue a dormir temprano, aunque no pudo descansar. Pasó la madrugada entera soñando, recordando, llorando y corriendo entre la niebla del pasado. Se levantó temprano, ansiosa de salir en busca de respuestas. Terminó deprisa sus deberes y abandonó el recinto sin desayunar siquiera. Tenía que volver a ese lugar, tenía que saber.

Buscó sus huellas entre los helechos, caminó entre los gigantes y ancianos robles del reino y buscó la enorme piedra donde drenó sus ojos aquella noche, pero no encontró nada. La vegetación se esparcía sobre tierras inmensas. Era imposible encontrar su rastro, aún bajo las cálidas caricias del majestuoso sol de agosto.

Era tan bella. Recordarla ahí de pie, tan inocente, buscando sin cesar bajo el denso follaje, me hace estremecer.

Pasó horas entre los altísimos árboles, mirando bajo cada roca y tras cada arbusto, sin rendirse nunca. Algo en su interior, un sentimiento que jamás había experimentado antes, la motivaba a continuar a toda costa.

Comenzaba a oscurecer, y su padre ya había salido a buscarla. Ella había perdido por completo la noción del tiempo. Estaba cansada y hambrienta, pero nada habría de detenerla.

De pronto, sonrió. Su mirada brilló y su faz revivió: había encontrado aquella roca, había encontrado el lugar. Ahora

sólo restaba mirar a su alrededor y dejar que el fresco aroma le ayudase a recordar. Se sentó nuevamente, exactamente como estaba hacía dos noches. Luego se levantó y comenzó a andar. Moría de cansancio pero estaba tan entusiasmada que no se le notaba en lo absoluto. Nunca había estado más viva. El tiempo pasó fugaz y la noche cubrió una vez más el hermoso cielo, y ella sólo se adentraba más y más en lo profundo de la oscuridad.

La madre lloraba angustiada en casa. El padre organizaba una misión de búsqueda para recuperar a su hija perdida. Esperaban con antorchas la señal para adentrarse en el bosque, cuando de pronto ella emergió de entre los árboles. Había vuelto. Su padre corrió hacia ella, gritando su nombre. La abrazó como nunca y la llevó al castillo. Parecía inerte. Mostraba una mirada casi vacía, delirante. Trataba de articular palabras pero no podía.

La recostaron en su cama, la dejaron descansar. Su madre estuvo a su lado por varias horas, viéndola dormir. Ella yacía ahí, perdida, con fiebre. De pronto, sus suaves labios se abrieron ligeramente, respiró profundo y murmuró: “*lo logré*”.

LLENANDO EL VACÍO

Estuvo inconsciente por más de tres días. Varios médicos del pueblo la visitaron pero ninguno sacó una conclusión diferente: estaba dormida. Yacía en cama mañana y noche, a veces tranquila, a veces moviéndose, agitándose. De vez en cuando murmuraba, emitía palabras incomprensibles. Sus padres estaban realmente preocupados. No sabían si habría de despertar.

Jamás había tenido un sueño tan intenso, pensó mientras abría poco a poco sus bellos ojos. No supo lo ocurrido hasta que su madre, al verla de pie junto al tocador, la sujetó entre sus brazos con fuerza, con lágrimas recorriendo sus mejillas, y agradeció a dios que hubiera vuelto.

Nunca pensó haber dormido tanto tiempo. No podía imaginar la ansiedad y angustia de la gente a su alrededor. Se había perdido varios atardeceres sin siquiera sospecharlo.

Nunca me contó los detalles de aquel largo sueño.

Pasó la tarde tratando de leer. Le fascinaban los autores románticos, y solía terminar libros enteros en cuestión de horas. Pero en esa ocasión se le volvió imposible concentrarse. Miles de pensamientos giraban en su interior, imágenes desordenadas, sonidos. El bosque, las zapatillas doradas, el cantar de los grillos, la roca, el vestido, la niebla, la soledad, un rostro.



Sin pretenderlo siquiera, su memoria había vuelto. Había hallado la pieza faltante del rompecabezas. Aquella noche no escapó del bosque. Alguien la salvó. Alguien la alejó del peligro y la llevó hasta la seguridad de su hogar.

El recuerdo era muy nebuloso, muy oscuro. No vio claramente lo que pasó, pero estaba segura de que alguien, un hombre, la levantó del negro pantano, la subió a sus hombros y la llevó a casa. La penumbra, la lluvia, el helado viento, todo ello le impedía distinguir acertadamente, pero ella estaba convencida de haber visto un rostro en medio de la noche, el rostro de su salvador.

En cuanto lo recordó, dejó caer su libro de la impresión. Había llenado el vacío. Sin pensarlo demasiado se levantó, caminó hacia la ventana y miró sonriente hacia el viejo bosque. Dejó entrar la brisa nocturna. Clavó su mirada a lo lejos, allá en ese lugar, con la ilusión de volver, una vez más. La luna se dibujaba brillante en sus pupilas. Sus labios formaban una hermosa sonrisa y un único pensamiento, un único deseo, llenaba cada rincón de su ser: volver a ver ese rostro, volverse a encontrar con aquel misterioso hombre del bosque y darle las gracias por haberse aparecido en aquella melancólica noche de agosto.

SIGUIENDO EL ANHELO

Por varios días, por varias noches, ella se adentró en las heladas tierras boscosas, guiada por ese fuerte anhelo de verlo otra vez. Volvió a aquella roca en más de una ocasión. Se sentó allí y permaneció alerta, por horas, en espera de una señal, un movimiento. Pero no supo de él.

Fue una época muy complicada para ella. Las cosas en casa no estaban bien, y la vieja desesperación que la llevó a la frondosidad la primera vez seguía acechándola. Pero había un nuevo sentimiento, una emoción dentro de sí, que le permitía seguir adelante, alzar la frente.

Volvió como todos los días al bosque, esta vez alumbrada por un hermoso atardecer rojizo. Llegó al lugar, a ese nicho tan especial, y esperó. No tenía idea de lo tarde que era, pero el cantar de los grillos y la ausencia de toda luz le daban una clara pista.

Frustrada nuevamente, con una diminuta lágrima cruzando su suave piel, se levantó y comenzó a caminar de vuelta, desconsolada.

No dio más de tres pasos antes de escuchar un nuevo sonido escabulléndose entre los vivos troncos. Se detuvo y miró a su alrededor, con un gesto de extrañeza, tratando de descifrar esa vibración. Cambió de dirección, y caminó entre la maleza, cazando aquella reverberación.

Cada vez se hacía más fuerte, más fuerte. Siguió buscando hasta que lo encontró. Era música, una bella y apacible melodía, proveniente de un antiguo y majestuoso organistrum hecho a mano. Había algo en esa armonía que le hacía estremecer, le hacía sudar frío. Fue un momento mágico, místico.

Al cruzar un enorme arbusto en flor, lo vio.

Ahí estaba, sentada sobre un árbol caído, una gran sombra, que daba la impresión de las anchas espaldas de un hombre. La oscuridad de la noche le impedía distinguir claramente lo que estaba allí, pero sabía que aquello era el autor de la excitante música.



Ella se quedó ahí un momento, a lo lejos, mirándolo, totalmente cautivada. Una emoción sin igual se expandía a lo largo y ancho de su ser. Su respiración danzaba al son de las notas, y sus manos temblaban de la gloriosa sensación.

De pronto, la música cesó. Ella se paralizó. No estaba segura, pero parecía que aquella sombra se movió. Parecía que su cabeza giró hacia ella. No era posible verle los ojos, pero se sentía una densa mirada.

El hombre se levantó, y entonces su faz se iluminó parcialmente con el brillo de la luna. Era él. Sólo lo vio por un instante, pero estaba completamente segura de que aquel era el rostro que soñaba cada noche, que ansiosa esperaba volver a ver. Se quedó helada, pasmada de la impresión, con sus labios alejados levemente uno del otro. Trataba de hablar pero no podía. Entonces, a los pocos segundos, obtuvo las fuerzas suficientes para susurrar una sola palabra: “*espera*”, pero, para ese momento, aquella silueta ya se había desvanecido en la penumbra, entre los ajados robles.

ANSIANDO EL REENCUENTRO

No sabía lo que le ocurría, era algo totalmente nuevo para sí. No dejaba de pensar en él, de revivir aquella música dentro de su cabeza. Cerraba los ojos y lo veía ahí, en la densidad del bosque. No podía olvidar la sensación que le produjo aquella profunda mirada, oculta en la oscuridad.

Había algo en ese hombre que le hacía sentir distinta, renovada. Pero también se sentía confundida. Todo esto le intrigaba, atrapaba su atención. Quería saber quién era ese misterioso sujeto de la sombra.

Habían pasado casi dos semanas desde aquel suceso. Casi no podía dormir, y cuando lo lograba, revivía en sus sueños aquel encuentro, ansiando volverlo a ver.

Ese día el sol golpeaba con fuerza. Las aves cantaban sin cesar y la gente recorría como siempre las anchas y brillantes calles del mercado. Ella había bajado al pueblo aquella mañana en busca de provisiones para la cena real. Caminaba entre la muchedumbre, distraída, con la mirada perdida. De pronto, se detuvo. Escuchó algo que atrapó su atención.

Afueras de una de las más conocidas tabernas del lugar se encontraban dos hombres, robustos y de largas barbas, conversando sobre algo que ellos llamaban “el guardián”, un forastero que se sabía vivía en lo más profundo del sagrado bosque vasco. Nadie conocía realmente su identidad, pero se contaban historias sobre sus grandes hazañas, protegiendo a la comarca de aquellas terribles criaturas.

Ella estaba realmente conmocionada. ¿Sería acaso que ese “guardián” fuese el mismo hombre que ella conoció aquella noche, su salvador? No pudo evitar acercarse ingenuamente a la conversación e interrumpirles: “¿Qué criaturas?”

Uno de ellos, el dueño de la tasca, le miró con sus profundos ojos verdes, la tomó del hombro y le preguntó: “¿No lo sabe acaso, señorita?” Al notar la cara de incertidumbre de la joven, comenzó:

“Ese lugar no es un bosque común y ordinario. Son tierras malditas. Allí viven criaturas temibles que matan y devoran. Pocos las han visto y han llegado a contar su historia.”

“Se cuenta que hace muchos años, cuando nuestra gente recién llegaba a estas tierras, esos horribles monstruos emergían de la frondosidad cada doce días, en busca de sangre. Secuestraban y asesinaban a nuestra gente, sin piedad. Varios meses pasaron hasta que, un día, un misterioso caballero, al que llamamos el

guardián, arribó a nuestro pueblo después de un largo viaje desde el otro lado de las cordilleras.”

“Le prometió a nuestros líderes que se encargaría de la amenaza, y esa misma noche desapareció entre los robles. Desde aquel día, las criaturas dejaron de azotar a nuestra población.”

Entonces el otro hombre, más joven y rubio, continuó:

“A pesar de ello, quienes se adentran en el bosque, de noche, no corren con suerte. Es por ello que el extranjero, manteniendo su promesa, se refugia en la penumbra, en la boca del lobo, vigilando y protegiendo a quienes se pierden en el bosque.”

“Esas temibles bestias siguen ahí, en lo más hondo de la espesura, merodeando, esperando a su presa. Adoran la carne humana, joven, y se alimentan de aquellos que se pierden en la inmensidad. Pero bueno, es sólo una leyenda.”

“Y esas criaturas, ¿qué son?” Preguntó extasiada. Ambos le respondieron sin reserva y al mismo son: “*Mantícoras*”.

ESCUCHANDO AL CORAZÓN

"Esos terribles monstruos, las mantícoras, acechan en lo profundo del bosque...", recordaba ella mientras se adentraba de nuevo en la maleza. Aquellos hombres dijeron que sólo era una leyenda, pero aun así, una tétrica sensación recorría su sutil espalda mientras caminaba nuevamente entre los robles.

El sol todavía rozaba con su alba la copa de los árboles. Ella, desde el día que supo la historia, decidió que sería más seguro volver antes del atardecer. Así que ahí estaba, poco después de que la torre de la iglesia tocara las cinco campanadas. Visitó aquella roca, como en cada ocasión, y esperó allí. Más tarde, guiada por la curiosidad, decidió regresar a aquel tronco caído donde presenció el majestuoso concierto, aunque no estaba segura de qué camino tomar.

Para cuando encontró el lugar, ya los búhos armonizaban la atmósfera. Encontró aquel arbusto en flor, y, cuando estaba a punto de atravesarlo, de pronto oyó un ruido extraño al otro lado. Trató de mirar, en silencio: una enorme sombra, entre los robles. Era imposible, con tal oscuridad, interpretar lo que

estaba frente a sí, aunque pudo escuchar un estremecedor y crudo crujir, como de huesos quebrándose. Entonces, junto con una fúrica lluvia, un relámpago agredió al cielo, revelando la escena.

Ahogada completamente en pavor, salió corriendo, sin mirar atrás, huyendo de esa visión. Quería gritar pero el vértigo se lo impedía. Sólo podía correr y correr.

Pocos minutos pasaron antes de que se cansara y cayera débil en el musgo. No podía más. Estaba empapada, exhausta, asustada. Trató de guardar silencio y escuchar los sonidos del bosque: no la seguían.

Intentó incorporarse, pero no podía. Se había torcido el tobillo al caer. Con dificultad se las arregló para llegar a una gran piedra bajo las sombras de un enorme árbol, y se sentó allí. La lluvia había cesado ya, pero sus ojos no paraban de precipitar. Trataba de resistir el dolor de sus heridas, pero era demasiado. Entonces, después del séptimo intento de ponerse en pie, escuchó una rama romperse justo detrás. Había alguien con ella.

Estaba a punto de dejarse llevar por el pánico, pero unas fuertes manos la sujetaron de los hombros. Era él, el guardián.

En un instante se calmó. Esa pesada mirada, tal como la recordaba, la tranquilizó de inmediato. Se sentía tan

confundida, tan nerviosa, tan aterrada y excitada. Podía sentir fortaleza y seguridad emanando de él. Tenía tanto que decirle, que preguntarle, y sin embargo no podía articular palabra de tanta emoción. Él la soltó y dio un paso atrás. Ella no le dejaría marcharse, no de nuevo, así que le sujetó del brazo, y le miró el rostro.

Se vieron a los ojos por tiempo indefinido. Fue un momento mágico, sin igual. De pronto él interrumpió el trance y dijo con una profunda voz: "*Sígueme*". Recorrieron un largo sendero entre los viejos robles, sin versar una sola palabra, hasta que llegaron al final, a la frontera del bosque.

"*Ve a casa*", dijo él. "*El trayecto es seguro desde aquí*". Faltaban pocos minutos para las diez, y seguro sus padres la esperaban preocupados.

Cuando él estaba a punto de irse, ella le detuvo de nuevo y le dijo extasiada: "*Gracias*". Él simplemente asintió con la cabeza, aún oculta bajo una oscura capucha.

"*¿Cuál es tu nombre?*", le preguntó ella. Él se mantuvo en silencio unos segundos y luego pronunció: "*No puedo recordarlo.*"

"*Debo irme ahora*", dijo él. Entonces ella, guiada completamente por su corazón, se aproximó lentamente a él y le besó.

Volvió al castillo, mojada, sucia y herida, pero con una enorme sonrisa. Tomó una ducha y se fue a la cama. Quedó dormida reviviendo en su cabeza aquel beso, hasta que, de pronto, se dio cuenta de algo peculiar: un extraño sabor en los labios de su guardián.

VIVIENDO EL SUEÑO

Bajo cientos de lunas se reunieron, siempre en el mismo lugar y a la misma hora, y fundieron sus labios en medio de la siniestra pero romántica niebla nocturna, con los ancianos robles como sus cómplices, sus testigos.

Ella estaba perdidamente enamorada de su salvador. No había instante en que no le pensara. Pasaba los días siempre ansiosa, esperando a su próximo encuentro. Era feliz, viviendo el sueño.

No sabía su nombre, no conocía su historia. No terminaba de entender por qué su guardián no podía abandonar el viejo bosque, pero en realidad no le importaba demasiado, siempre que pudieran estar juntos. Era ella quien debía salir en busca de él, para encontrarse cada noche y consumar su romance.

En realidad, en todo ese tiempo que pasaron juntos, muy pocas palabras llegaron a pronunciarse entre ellos. La mayoría de sus encuentros fueron fugaces, ya que esas eran tierras peligrosas.



Durante las últimas semanas, varias personas habían desaparecido misteriosamente de sus hogares, sin dejar rastro alguno. Los rumores y las conjeturas inundaban los pasillos y callejones del pueblo, y el temor se esparcía rápidamente entre la muchedumbre. La gente estaba convencida de que sólo había una explicación: las mantícoras.

En más de una ocasión se enviaron brigadas de rescate durante el día a lo más profundo de la frondosidad, en busca de la gente perdida, pero nunca hubo suerte. La cifra de desaparecidos ascendía a más de treinta, la mayoría de ellos jóvenes.

Los padres de ella, preocupados por las terribles noticias que circulaban últimamente, decidieron prohibirle a su hija que pusiera un pie fuera del castillo después de las siete campanadas. Aunque, a pesar de lo mucho que honraba y respetaba a sus progenitores, ella se sintió incapaz de acatar semejante limitación.

Por varias semanas, bajo el cielo estrellado, ella se escapó sigilosamente de casa para encontrarse con su salvador, sin ser descubierta jamás, hasta que una noche, una de esas frías noches de enero, eso cambió. Nunca se supo realmente la causa, pero aquella madrugada el padre de la joven se mostró muy enfermo. La madre, asustada, se levantó y se dispuso a salir al pueblo en busca de un médico. Antes de abandonar el recinto, entró en la habitación de su hija para informarle la situación, pero, para su sorpresa, la chica no estaba en cama. Se había escabullido al bosque.

Las cosas se complicaron muchísimo después de eso. No sólo se estaba poniendo en peligro a sí misma al salir del castillo a esas horas, sino que estaba afectando y preocupando al resto de su familia.

Debía hacerse algo al respecto, y así fue. A pesar de los reclamos, el llanto y la tensión, ella fue obligada a permanecer en su habitación, bajo llave, desde el atardecer hasta el amanecer.

Pasaron días, semanas, y ella simplemente no podía escapar. Estaba desconsolada, desesperada. Ansiaba ver a su amado, a su guardián, pero era imposible. Pasaba las noches en vela, mirando la luna desde su altísima ventana, pensando en él.

Una de aquellas melancólicas noches de reclusión, cuando ya estaba a punto de caer perdidamente dormida, escuchó un extraño ruido en su balcón.

ROMPIENDO EL ESPEJO

Se levantó con una mirada curiosa y caminó lentamente hacia su ventana, siguiendo aquel sonido en el exterior. Esa noche de invierno fue particularmente oscura y fría. Encendió una vela y salió a su balcón, tratando de distinguir algo en la penumbra, sin éxito. Entonces dio media vuelta y regresó adentro, sólo para descubrir que había alguien allí. Era él.

Fue un instante de peculiar complicación: estaba asustada, intrigada, emocionada, feliz por verle, triste por todo el tiempo que estuvieron alejados, extrañada por su presencia, confundida. Él se acercó a ella y la tomó entre sus brazos. Permanecieron juntos por un momento y luego él dio un paso hacia atrás, la miró a los ojos y comenzó a hablar.

“Hay algo que debo confesarte”, pronunció con esa profunda voz suya. Ella se mostraba inquieta, curiosa. Él exhibía un semblante serio, frío. Había algo diferente en su mirada, en su oscura mirada.

“Hay algo que debo decirte y necesito que intentes comprender, a pesar de que no pueda explicarme claramente”

dijo. “*Debo alejarme de ti, debo irme, debo desaparecer de tu vida.*”

La leve sonrisa que ella mostraba por su encuentro se desvaneció lentamente mientras escuchaba cada una de sus palabras.

“*Hay algo en mí que no está bien. Hay algo aquí dentro, en lo más profundo, que me impide ser quien yo quisiera, y me impide ser quien mereces que sea. No puedo explicarlo, porque en realidad no sé lo que ocurre, no estoy seguro.*”

“*Necesito averiguar qué es lo que me está destrozando desde el interior, y para ello debo alejarme, debo irme.*”

Para ese momento ya se dibujaban sutiles gotas cristalinas en los dulces ojos de ella, quien de pronto le interrumpió. Dijo que no comprendía, que no sabía de lo que estaba hablando. Le pidió que no se marchara, que no se perdiera de nuevo en las sombras.

“*Te pido trates de entenderme. Te lo pido sinceramente. Necesito que comprendas lo que intento decirte, aunque parezca no tener sentido. No podemos estar juntos.*”

Cada vez se separaban más y más. Él caminaba poco a poco hacia la ventana por la que había entrado, mientras ella se encontraba inmóvil en el centro de la habitación, escuchando su voz cada vez más tenue, más distante.

“No puedo prometer que me verás de nuevo, porque puede que no ocurra jamás. Lo siento”. Le dio la espalda y se aproximó al balcón, dispuesto a marcharse.

“Te amo”, dijo ella. “Te amo y te necesito”.

Él se detuvo y se quedó ahí de pie, en silencio, por varios segundos, que para ella fueron una eternidad. Luego esa profunda silueta a contra luz giró la cabeza y le miró, justo como en aquella mágica noche de organistrum entre los robles.

La vela se apagó. Ella sudó frío al sentir su mirada sobre sí, mientras un intenso hormigueo la envolvió de repente. Él articuló tres heladas y sombrías palabras y luego desapareció bajo el lóbrego manto nocturno.

Por un momento, un silencio sepulcral abrazó la melancólica escena. Ella estaba allí, parada en medio de la oscuridad, vacía. Sus manos temblaban, su mirada se nublaba. Caminó hacia el tocador y se sentó allí. Miró su solitario reflejo. No se reconoció. Antes se veía a sí misma cobijada, protegida por él, por su guardián. Ahora no había nadie más allí, sólo ella. Se había roto el espejo.

Se levantó y caminó con debilidad hacia su cama. Se dejó caer y se perdió en su almohada, ahogándose en su llanto y

escuchando en su cabeza esas tres devastadoras palabras reverberando sin cesar: “*No puedo amarte*”.

SALIENDO DEL ABISMO

Esa fue la última vez que lo vio. Por días, semanas enteras, ella fue a buscarlo al bosque, a todas horas, pero nunca lo encontró. Era como si simplemente se hubiera esfumado de la tierra.

La gente del pueblo seguía desapareciendo, cada doce lunas.

Cada noche, cada vez que estaba sola en su habitación y miraba hacia la ventana, lo veía ahí, diciendo adiós, marchándose. No podía alejar de sí aquella visión, aquel rostro tan amado, perdiéndose en las sombras. Y siempre que recordaba, siempre que su imagen se presentaba ante sus ojos, le era imposible contener el llanto. Había perdido lo que más quería en el mundo y no estaba segura de porqué.

Se le veía caminar por el pueblo, sin rumbo, como un alma en pena sollozando bajo un cielo sin estrellas. Casi no hablaba, casi no reía. Parecía como si una oscura y densa nube se deslizara vertiginosamente sobre su cabeza, siguiéndola a cada rincón.

Verla así me fracturaba el corazón.

Una contundente batalla se libraba en su interior. No quería rendirse, no quería olvidarle, pero por otro lado, muy en el fondo, sabía que todo estaba perdido. De momentos obtenía fuerzas para continuar, para levantar la frente y seguir adelante. Pero también llegaba a terminar ahogada por una sensación de derrota.

Sabía en lo hondo que debía continuar, salir del abismo. Lo correcto era dejar atrás el pasado y retomar su camino. Pero no era fácil. Nunca lo es.

Pasaron varios meses. Las misteriosas desapariciones cesaron. Las aguas se calmaron. Ella estaba más serena, más brillante. Leía más que nunca, e incluso había comenzado a escribir su propio libro. Ahorró algo de dinero y compró un organistrum, y aprendió a tocarlo. Procuró mantenerse ocupada, concentrada en otras cosas, evitando así que su pasado la acosara. El recuerdo de él, de ellos, era cada vez más tenue, más turbio. Estaba decidida a dejar todo atrás, y lo estaba logrando, día a día.

De vez en cuando se veía tentada a buscarle, a entrar en el denso bosque y sentarse de nuevo en aquella roca. Pero ya no le encontraba sentido. Ya no. Sabía que lo mejor era olvidar.

De momentos lo imaginaba muerto. Era mejor así.

Cada vez eran menos los pedazos que quedaban por recoger. La vida recobraba poco a poco su calidez y su color. Ella estaría bien.

Pero un día, a mediados del verano, cayó enferma. Mostraba fiebre y dificultad para respirar. No podía dormir. Pasaba todo el día en cama, temblando, alucinando. Comía poco y su cuerpo no respondía a las hierbas medicinales ni a las bendiciones del obispo. Sus padres no sabían qué hacer.

Entonces, una mañana de aquellas, la madre entró en su habitación y encontró que la ventana estaba abierta. Al acercarse para cerrarla, tropezó con algo: una nota en pergamino acompañada de una rosa azul.

Ella parecía estar durmiendo, así que procuró no despertarle. Se sentó frente al tocador, abrió lentamente el documento y leyó. Contenía precisas instrucciones para preparar una extraña infusión cuyo ingrediente principal serían los pétalos de aquella flor añil.

La señora, desesperada por la condición de su hija y dispuesta a cualquier cosa para salvarle la vida, se llevó aquella delicada



planta a la cocina del castillo y preparó la poción. Pocas horas después volvió, se sentó junto a la chica, ahora despierta pero convaleciente, y le dio de beber. No habría de exhibir cambios hasta el día siguiente, así que sólo quedaba esperar.

Le dijo que descansara, besó su frente y salió del recinto, con la taza vacía en una mano y el trozo de pergamo en la otra. Bajó las escaleras, encendió una vela y volvió a leer. Encontró una nota al final que no había visto antes. Entonces, un poco desconcertada e insegura, acercó un ápice de la hoja a la frágil llama que le daba luz y dejó que el manuscrito ardiera lentamente hasta su extinción.

CONCLUYENDO LA OBRA

A la mañana siguiente, increíblemente, ella ya estaba de pie, completamente recuperada. Era un milagro. Se había levantado temprano, e incluso les había preparado un rico desayuno a sus padres.

Estaba muy feliz por su recuperación. Mostraba una brillante sonrisa en su rostro, y sin duda se sentía completamente renovada, con un nuevo deseo de vivir.

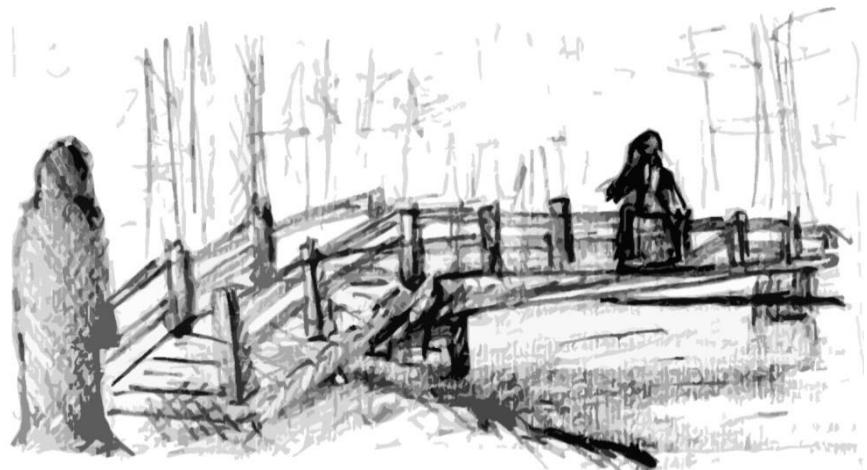
Pasaron los días y las cosas iban de maravilla. La situación en su hogar había cambiado mucho, para bien, desde aquella terrible enfermedad. A ella se le veía particularmente contenta: estaba por terminar de escribir aquel libro, y poco a poco aprendía más sobre la música. Los senderos del pueblo descansaban en tranquilidad, ya que habían pasado meses desde que se reportó la última desaparición.

La primera noche de otoño, bajo una hermosa luna llena, blanca y enorme, ella salió a caminar por la vereda, fascinada con la inspiración que le brindaba aquella plácida atmósfera. Se detuvo en un viejo puente de carvallo que atravesaba un

pequeño arroyo al norte. Cerró sus ojos y respiró hondo, dejándose llevar por el momento. Luego sacó sus cosas. Cargaba consigo papel y tinta: le encantaba escribir bajo el distante cobijo de las estrellas.

Era una noche tranquila, llena de quietud. El silencio sólo se empapaba del suave correr de las aguas bajo sus pies, y de aquella pluma deslizándose ágilmente sobre el pergamino, palabra tras palabra, verso tras verso. La luna miraba atenta, como tratando de leer lo que plasmaba, el capítulo final, antes que nadie.

De pronto, terminó. Sonrió y suspiró profundamente. Se quedó ahí un momento, en una honda contemplación. Luego se levantó y se dispuso a caminar de vuelta, pero quedó intrigada cuando notó una sombra de pie al final del puente.



Había alguien ahí, observándola desde la lejanía, inmóvil. Del susto soltó su libro, pero alcanzó a sujetarlo al borde de los maderos antes de que se perdiera para siempre en las turbias aguas. Cuando se incorporó de nuevo y miró, aquella oscura silueta ya se había ido.

Regresó a casa, ligeramente sobresaltada, temerosa de que alguien la siguiera.

Abrió lentamente la puerta frontal, esperando no despertar a sus padres, quienes ya debían estar dormidos. Pero cuando se disponía a subir a su habitación notó un intenso resplandor a lo que proveniente de la cocina. Se acercó cuidadosamente y asomó la cabeza despacio. Era su madre, sentada a la mesa, prendiendo fuego a un manuscrito.

Consternada por lo que estaba mirando, se acercó desde la penumbra, mientras la flama terminaba de convertir el pergamino en cenizas. Puso la mano sobre el hombro de su progenitora, quien, en total silencio, comenzó a levantar la mirada lentamente. Una estremecedora sensación inundó a la joven, un escalofrío que sólo había sentido una vez, cuando unos ojos invisibles se clavaron sobre ella hacía casi un año, en la profundidad del bosque vasco.

Entonces despertó.

REVIVIENDO EL MILAGRO

Por un momento permaneció inmóvil en su lecho, ligeramente aturdida. Conmocionada, se detuvo a pensar y se preguntó si toda aquella experiencia había sido un sueño o sólo aquel bizarro episodio de la cocina. Se levantó y buscó sus escritos: ahí estaba su libro, terminado, en el suelo junto a la silla. Definitivamente había estado en el puente.

Su madre entró de pronto a la habitación, y la notó intrigada. Se sentó a su lado, acarició su espalda y le preguntó.

“*Estoy bien*” respondió ella. “*Sólo tuve un sueño muy extraño*”. Le contó lo de la carta en llamas. La señora, sorprendida, se puso pálida, con una sensación como si tuviera algo atorado a la mitad de la garganta.

“*¿Qué tiene, madre? ¿Se encuentra bien?*” le preguntó la chica, completamente atónita. La puerta se abrió de golpe en ese instante. Era el padre, llamándolas.

Ese día había mucho que hacer: el festival de San Clemente estaba cerca. Estuvieron ocupados hasta tarde con los preparativos.

Al regresar al castillo ella estaba tan cansada que cayó perdidamente dormida desde las nueve campanadas. Fue una larga noche, llena de sueños y visiones: el bosque, la música, las sombras, los besos, la soledad, la luna, el organistrum, su rostro, la lluvia, el fuego, la despedida, el llanto, el amor. Se despertó agitada, sudando escarcha. Su corazón latía con brutal frenesí. Su rostro estaba empapado en lágrimas.

Una lluvia feroz azotaba los campos. Un viento helado inundaba el recinto, una y otra vez, mientras golpeaba las puertas de la ventana. Se levantó lentamente para cerrarla, pero cuando se aproximó lo suficiente descubrió algo: había una rosa azul en el alféizar. La recogió, trabó la entrada del aire congelado y cuando volteó notó una figura junto a la cama.

“Supongo que no recibiste mi nota” se escuchó en todas las paredes. Era él. Ella no se mostró sorprendida de verle, ya que pensaba estar soñando de nuevo.

“No importa ya. He venido por ti”, continuó.

Ella se sentó frente al espejo, ignorándolo, fingiendo que no había nadie allí. Esperaba despertar y regresar a su soledad. Entonces él se acercó desde atrás, la rodeó con sus fuertes brazos, aproximó su cubierto rostro a su lado y le susurró al oído con una voz suave: *“No estás soñando, no esta vez. Estoy aquí, he regresado.”*

Ella vaciló por varios segundos, mirando su reflejo, su reflejo juntos. Se puso de pie, se colocó frente a él y lo miró a los ojos. Se quedaron ahí sin decir una palabra, simplemente contemplándose, escuchando su mutua respiración. Ya terminaba de llover.

Mil emociones distintas invadieron cada rincón de su ser. Estaba comenzando a ver la realidad: él estaba ahí, después de tanto tiempo. Estaba triste, furiosa, feliz, destrozada, renovada.

“Ya estoy listo. He salido victorioso de aquella lucha contra mi pasado, contra mis demonios.”

“He decidido volver, por lo que siento por ti” dijo él, mientras se le acercaba lentamente. Ella estaba en crisis. Creía haberlo olvidado, pensaba que podía vivir sin él, y que nunca volvería. Pero cuando sintió esa densa mirada, cuando escuchó su voz una vez más y cuando percibió su agitado respirar tan cerca, tan cálido, toda esa mentira se vino abajo.

“Justo cuando estaba aprendiendo a vivir sin ti, a salir adelante, te apareces y derrumbas el castillo de naipes que tenía en pie. Te detesto por ello, pero...”

- dijo ella, mientras él la observaba atento, con una ligera sonrisa -

“...*todavía te amo y te necesito.*” Sellaron ese inolvidable verso con el rozar de sus labios.

“*No vuelvas a dejarme*” murmuró ella mientras descansaba entre sus brazos. “**Nunca**”, le respondió.

DUDANDO

Los días pasaron, las semanas, los meses. Las cosas habían cambiado mucho respecto a sus primeros encuentros. Esta vez existía un fuerte lazo que los unía: el sentimiento.

Se veían con frecuencia, aunque, por el cumplimiento de su promesa, debían hacerlo en el bosque, en la noche, o al menos eso decía él. Ella era feliz, de nuevo. Iba a verlo pasado el atardecer al mismo lugar donde se cruzaron sus miradas la primera vez. Conversaban por horas, hacían música juntos, se tomaban de la mano. En ocasiones, cuando ella no podía salir, él se aparecía en su ventana, por la noche, le regalaba una flor azulada y le robaba un dulce beso.

Por mucho tiempo ella le dijo que lo amaba, pero él no era capaz de corresponder. No podía amar.

Esa había sido una de las razones por las que él se fue en primer lugar. Debía encontrar de nuevo una ruta hacia su propio corazón.

Una noche, una fría noche de invierno, él tocó a su ventana cerca de las doce campanadas. Ella le abrió y le permitió entrar, de prisa, ya que la nieve era arrastrada hacia el interior con rapidez.

Pasaron un par de horas juntos, reviviendo el milagro. Ella le dijo que quería pasar la navidad con él. “*No puedo*” respondió. “*Debo vigilar el bosque. Sabes que mi tarea es muy importante. No soy sólo tu guardián. Lo soy para todo el pueblo.*” Ella bajó la mirada, decepcionada, aunque en el fondo sabía que, tal vez, él tenía razón.

“*Debo volver*” dijo mientras se ponía de pie. “*Pero antes, hay algo que quiero decirte*”. Ella se levantó también. Se quedaron en silencio. Estaba atenta a su salvador, quien se mostraba algo nervioso, dudoso.

“*Te amo*”, proclamó finalmente. “*He logrado amar. Puedo amarte.*” Ella se mostró seria por un instante. Luego le besó, le abrazó con fuerza y le dijo con una sincera pero tímida sonrisa: “*Yo también.*”

Pasó la primavera, el verano. Ellos seguían celebrando su amor. Los inmemoriales robles eran cómplices de esa llama que ardía en sus corazones. Las estrellas eran su guarida, la luna su celadora.

El tiempo pasaba y su conexión era cada vez más fuerte. Él estaba seguro de que ella era la mujer de su vida. Pero algo no marchaba bien. Ella comenzó a dudar.

De momentos, en su soledad, empezaron a surgir inquietudes, dilemas. Estaba contenta con él, pero de alguna manera sentía como si se hubiera topado con una enorme muralla que le impedía entregarse completamente a su emoción. Ella quería tenerlo siempre a su lado, pero era imposible. El bosque, el mismo que los unió al principio del camino, era ahora lo que los mantenía alejados el uno del otro.

Sabía cómo eran las cosas, conocía la situación. Pero estaba exhausta, fatigada por la distancia, por las barreras. De momentos pensaba que estaba siendo egoísta, por quererlo para sí, sólo para sí. Su amor por él se estaba viendo obstaculizado por cosas que simplemente no entendía.

Cada mañana, cada vez que ella era abrazada por la soledad, estos pensamientos volvían a inundar su mente. Y cada vez las dudas eran más intensas, más serias. Se preguntaba a sí misma, si él la amaba tanto como decía, ¿por qué no podía salir de la frondosidad a buscarle? Ella tenía tantos planes, tantos deseos. Quería presentarlo a sus padres; quería que conociera a sus más cercanas amistades; quería caminar con él, a la orilla del río, bañados por la calidez del sol; quería verle el rostro a la luz.

Estaba cansada de buscarle. Casi siempre era lo mismo. En muchas ocasiones deseaba que, de pronto, él apareciera sin más y le dijera: “te extraño”. Cada vez que alguien tocaba a la puerta, muy adentro, ella tenía la esperanza de que fuera él.

Comenzó a mostrarse un poco más fría, más seria, cuando estaban juntos. Pero él nunca lo notó. Ella había comenzado un proceso dentro de sí que sabía no tendría un buen final. Seguía dudando, cada vez más, hasta el punto de no estar segura de que eso que sentía por él, era amor. Sus sentimientos habían cambiado.



REVELANDO EL SECRETO

Parecía una pintura, una imagen congelada, aquella escena tan peculiar. Él de pie en lo alto sobre la rama más ancha del roble más longevo del bosque vasco; ella mirándolo desde abajo, junto a aquella gran roca que tantas veces presenció su amor; el firmamento completamente pardo, sin luna, sin estrellas. Era una sombría noche, vacía, inmaculada. El viento no soplaban; la fauna observaba en silencio.

Bajó de un salto aterrizando justo frente a ella. Le alzó el rostro y quiso besarla. Ella se resistió. Fue entonces que él descubrió que algo andaba mal.

“*¿Qué ocurre, amada mía?*” le preguntó con una curiosa e intranquila voz. Ella bajó nuevamente la mirada, clavándola en los muertos helechos debajo de sus pies, sin decir una sola palabra.

Él dio un paso atrás, mientras ella se sentaba exactamente en la misma posición que aquella vez, la primera, cuando se escapó de casa con esas zapatillas doradas esperando que la soledad y la tranquilidad del denso follaje le ayudaran a aliviar su dolor.

Él se quedó ahí, preocupado y confundido, mirándola desde la distancia en espera de que dijera algo. Entonces ella, sin estar muy segura de sus palabras, suspiró y empezó a hablar.

“*No sé. No tengo idea de lo que me ocurre. Busco en mi interior pero no hallo las respuestas. Te amé con todo mi ser pero ahora no estoy segura de lo que siento por ti. Te extraño tanto, te necesito a mi lado, pero siempre estás ausente. Me duele quererte.*”

“*Trato de entender, de aceptar que las cosas son de esta manera, que tienes una promesa que sostener, que no puedes estar ahí para mí. Pero a veces pienso que...*”

Él la interrumpió, murmurando: “*No lo entiendes. En verdad que...*”

“*Ayúdame a entender, por favor*”, exclamó ella con sus ojos ruborizados y sus mejillas empapadas. “*¿Por qué no puedes estar a mi lado? ¿Acaso no me amas? ¿Acaso no me amas tanto como yo te amé?*”

Entonces él, consternado y desesperado, sin saber qué hacer o qué decir, comenzó a alejarse, a caminar hacia atrás, hasta quedar completamente oculto en las sombras nocturnas. Se hizo, por un instante, un silencio sepulcral que ninguno de los dos habría de olvidar jamás. “*¿Dónde estás?*” dijo ella, “*No puedo verte*”. De pronto, de la penumbra saltó vacía esa larga y vejada túnica que siempre portaba él, aterrizando junto a donde ella esperaba embelesada.

“*Lo siento tanto*” dijo desde las sombras, con una voz mucho más espesa y cruda. De un momento a otro comenzaron a escucharse sus pasos, largos y pesados, acercándose lentamente. Una silueta comenzó a dibujarse vaporosa en la oscuridad. Ella se levantó y se acercó cuidadosamente, tratando de distinguirlo en la negrura.

Entonces, él emergió, revelando el secreto.

ABRIENDO LOS OJOS

Una espeluznante sensación la cubrió por completo. Quedó paralizada, sofocada, asfixiada de la impresión. El tiempo se detuvo para ella por un instante, cayendo en un profundo estado de perplejidad, terriblemente estremecida. Lo primero que penetró en su mente fue aquel recuerdo, aquel primer beso; el extraño sabor de sus labios: sangre.

Ella empezó a retroceder, poco a poco. Sus piernas temblaban ferozmente, su corazón palpitaba sin compasión. Él trató de acercársele, de tomar su mano, pero ella, guiada completamente por el vértigo y la desesperación, dio media vuelta y comenzó a correr frenéticamente, sin mirar atrás.

Nunca regresó.

Él se quedó allí, en silencio, envuelto en la penumbra, mirando sus manos temblorosas. Redujo su respiración, cerró sus ojos, y comenzó a discurrir en palabras, para sí:

"Se ha ido, se ha marchado para siempre. Jamás le pude explicar.

"No soy como ellos, no soy un hombre. Tenían razón al decir que la historia del guardián era sólo una tonta leyenda. Nunca existió tal individuo, jamás hubo un forastero que llegara desde muy lejos para salvar a este pueblo. También es un mito fantástico que este bosque, este antiguo bosque vasco, mi hogar, sea un lugar maldito, infestado de fieras temibles."

"Sin embargo, una cosa es cierta: las mantícoras existen. Nunca he visto una excepto aquella vez, en su habitación, cuando me acerqué a su lado y me vi reflejado en ese ajado espejo."

"Traté de engañarme, de creer que había en mí algo más. Pensé que podía ignorar mi naturaleza, que podía ser como ellos. A su lado me sentí tan vivo, tan humano. Por un momento lo creí, por un momento estuve convencido de que yo era un ser cálido, capaz de amar y ser amado. Pero ahora sé que sólo soy, y que siempre seré, un horrible monstruo, un endriago."

"Cuando me alejé, hace tiempo, cuando, a pesar de todo, tuve que desaparecer de su vida, lo hice por ella. Era necesario. Ya no podía más, ya no podía contenerme: quería devorarla, ansiaba degustar su tibia sangre, su tersa piel. Luché contra mi instinto, me contuve. No podía hacerle daño, me tenía fascinado. Es por eso que comencé a secuestrar a los pueblerinos más jóvenes. Tenía que saciar esa

avidez, ese apetito vil. Pero llegué a un punto de desesperación y tuve que marcharme para evitar la tragedia.”

“Con el tiempo aprendí a controlarme, a alimentarme de otras criaturas. Logré que el sentimiento superara la obsesión, y entonces volví. Me dejé llevar por la ilusión, viviendo el sueño. Cuando estaba con ella nada más importaba. Pude amarla.”

“Pensé que nunca terminaría, que estaríamos juntos para siempre. Había olvidado totalmente quién era yo en realidad: una infiusta manticora, el único verdadero peligro en la inmensa frondosidad.”

“Verla así, tan triste, tan confundida, me derrumbó. Pensé que entendería, creí que comprendería mis motivos, que miraría más allá de mi horrible apariencia y que encontraría a su guardián, a su verdadero amor. Pero no fue así.”

“Nunca me amó. Se enamoró de un héroe de su invención, de una sombra, una ilusión. Ahora que me ha visto, ahora que sabe la verdad, sus divinos sentimientos han perecido en lo profundo del despeñadero, han desaparecido. Sólo he quedado yo, de nuevo en la soledad, con este desgarrador vacío en mi centro, recordando nuestra bella historia, nuestra espléndida pero aciaga travesía juntos. Siempre la guardaré en mi corazón.”

Entonces, después de varios minutos de reflexión, y con un extraño sabor en sus labios, abrió los ojos. Miró sus manos temblorosas, cubiertas de sangre. Frente a él, junto a un majestuoso rosal de flores color cobalto, notó sobre las tierras morenas, entre la densa niebla, el cuerpo de ella, inerte, estropeado, con su cabello castaño empapado y helado, y unas finas zapatillas doradas decorando sus delicados y ahora rígidos pies.

Comenzó a llover, de nuevo. Se arrodilló lentamente ante el fresco cadáver de vestido blanco, ahora teñido en carmesí. Cerró sus ojos otra vez y continuó devorándola, poco a poco, mientras el sabor de su tersa piel y el aroma de su tibia sangre le ayudaban a revivir una y otra vez la ficticia historia, a ver a su amada nuevamente en su cabeza, ahí de pie, buscando sin cesar su rastro bajo el denso follaje, tratando de recordar.

El cantar de los grillos y el aullido de las criaturas nocturnas ahogaban el suave susurro del viento. Esa noche, hermosa pero lúgubre, aquella cálida e inocente chica se había adentrado en el inmenso bosque vasco, corriendo y llorando, escapando de su agobiante vida, intentando desahogar aquel insoportable dolor que la mataba lentamente, tan suyo, tan auténtico, en busca de paz.



